

Imprimir

Combinación única del horror de la eliminación y la orgía del triunfo, de la victoria o de la
venganza

Israel, sobre todo, pero también Estados Unidos, ha vuelto a poner de actualidad el concepto de la decapitación como arma de violencia política. Huelga decir que esta arma viola todas las convenciones internacionales contemporáneas sobre la guerra.

La normatividad internacional que rigió el mundo con relativa eficacia tras la Segunda Guerra Mundial quedó enterrada tras el 11 de septiembre de 2001, cuando los altares jurídicos de Harvard proclamaron la fatwa según la cual era legítimo torturar a los supuestos enemigos más allá de los límites hasta entonces establecidos por la doctrina dominante de los derechos humanos. A partir de entonces, una vez que el enemigo es declarado terrorista, la destrucción de su vida deja de ser una cuestión de legitimidad y pasa a ser una cuestión de oportunidad y eficacia. El terrorismo es toda amenaza a la seguridad nacional que no puede combatirse diplomáticamente, es decir, por medios pacíficos. Tener el privilegio de nombrar quién es terrorista o quién amenaza la seguridad de quién pasó a ser el principio de la política. Trágicamente, este principio de la política es también el fin de la política.

La decapitación, tanto literal (cortar la cabeza) como figurada (eliminación radical de un individuo que simboliza una lucha, una organización o una idea colectiva) tiene una larga tradición. Combina de manera única el horror de la eliminación y la orgía del triunfo, de la victoria o de la venganza.

Freud escribió en 1922 que decapitar significa castrar; es la forma en que el inconsciente se presenta transformado en la conciencia del individuo. Su análisis se centra en la mitología de la cabeza de la gorgona Medusa, decapitada por el semidiós Perseo. Los líderes políticos u otros que recurren a la decapitación manipulan ese impulso inconsciente para transmitir la idea de un poder sin límites (reducción del enemigo a la máxima impotencia) y de una

eficacia igualmente sin límites (exterminio individual, que es también colectivo).

La tradición cultural de la decapitación tiene sus máximas expresiones en el arte y la literatura. La cabeza de Juan el Bautista es decapitada a petición de la madre de Salomé, Herodías, por haberse opuesto a la relación incestuosa entre Herodías y Herodes. Judit, la viuda judía, salva su ciudad de Betulia de la invasión asiria al seducir y decapitar a Holofernes, el general asirio de Nabucodonosor. Goliat, el gigante filisteo fuertemente armado, fue derrotado por la piedra lanzada con la honda de David. Este, al ver a Goliat en el suelo, le cortó la cabeza con la propia espada del gigante. En una variante de esta tradición, Sansón, el todopoderoso juez israelita, perdió todo su poder y fue capturado por los filisteos cuando Dalila, una infiltrada filisteo, lo sedujo y le cortó el cabello, tras descubrir que el poder de Sansón residía en el cabello que él nunca se había cortado.

La fascinación por la decapitación fue irresistible para los pintores del Renacimiento. Con su gusto por la violencia realista, Caravaggio inmortalizó muchas de estas decapitaciones en su pintura: Medusa en 1597, Holofernes en 1599, Juan el Bautista en 1608 y Goliat en 1609-10. Otros pintores del Renacimiento plasmaron en cuadros de gran belleza el simbolismo político-cultural de la decapitación. Por ejemplo, Donatello, en 1408-9, y Miguel Ángel, en 1508-12, inmortalizaron la victoria de David sobre Goliat; Artemisia Gentileschi, la decapitación de Holofernes en 1612-21; Francesco Cairo, en 1625-30, la decapitación de Juan el Bautista. No es objetivo de este texto analizar las dimensiones eróticas o las lecturas psicoanalíticas de las decapitaciones o de los pintores que las inmortalizaron (la acción de las mujeres en los casos de Salomé, Judit y Dalila; la homosexualidad de Caravaggio o de Donatello) . Mi intención es más bien analizar el papel que desempeña la decapitación en las luchas y guerras contemporáneas.

La decapitación como instrumento de la violencia contemporánea

Como he señalado, la decapitación consiste en la eliminación/neutralización de un individuo como forma, a la vez espectacular y económica, de eliminar/neutralizar las luchas, las organizaciones o las ideas que ese individuo representa. Etimológicamente, decapitación

deriva de la palabra latina caput, que significa cabeza. Figurativamente, se ha utilizado con el significado de jefe, líder o liderazgo, naciente, fuente. Es en este sentido en el que se utiliza hoy en día en las guerras irregulares e ilegales llevadas a cabo por Israel y EE.UU. Decapitar significa eliminar a un individuo considerado enemigo que representa de manera especial una amenaza enemiga colectiva.

En la medida en que sea posible y eficaz, la decapitación es un atajo valioso porque permite alcanzar de un solo golpe un objetivo que, si se atacara colectivamente, requeriría muchos golpes y muchos medios. El fantasma que acecha a la decapitación es la Hidra de Lerna. En la mitología griega, la Hidra de Lerna era un monstruo con cuerpo de dragón y varias cabezas de serpiente. Según algunas versiones de este mito, cada vez que se le cortaba una cabeza, le crecían dos en su lugar.

La decapitación siempre está relacionada con una lucha violenta. Es la guerra y la metonimia de la guerra. El ámbito de la decapitación se ha ido ampliando en la misma medida en que el concepto de guerra ha ido abarcando más tipos de luchas violentas: guerra entre países, guerra civil, guerra cultural, guerra religiosa, guerra familiar, guerra comercial. Hoy podemos distinguir tres tipos de decapitación: el asesinato (muerte física), el encarcelamiento (muerte política), la cancelación (muerte cívica). Los tres tipos implican muerte, pero muertes de tipos diferentes.

La muerte física es la desaparición pública y privada irreversible, con la excepción, en el mundo católico, de quienes son beatificados o santificados post mortem. La muerte política es la desaparición pública ilegal, irreversible o no, y el mantenimiento de la vida privada en condiciones más o menos precarias e indignas. El caso de Lula da Silva, presidente de Brasil, es el ejemplo más reciente y significativo de desaparición pública reversible. La muerte cívica no implica ni asesinato ni prisión; al igual que en la muerte política, implica el mantenimiento de la vida privada en condiciones más o menos precarias e indignas, pero, a diferencia de la muerte política, la desaparición pública tiende a ser irreversible.

En todos estos tipos, la muerte individual tiene como objetivo provocar la muerte colectiva

de una lucha, una organización o una idea. En los últimos tiempos, hemos asistido a varios casos de estos tres tipos de decapitación. Los más recientes y conocidos son: el asesinato de Ali Jamenei y otros líderes religiosos en Irán; la captura y el encarcelamiento de Nicolás Maduro, presidente de Venezuela; las cancelaciones de intelectuales de izquierda provocadas por la llamada “cancel culture” o, más propiamente, “cancel barbarism”.

La ampliación de las formas de decapitación supone el aumento y la diversificación de la violencia en las sociedades contemporáneas, lo que, a su vez, está asociado al crecimiento de las fuerzas políticas de extrema derecha, ya sean laicas o religiosas.

La decapitación como fenómeno político

Como cualquier otro fenómeno político, la decapitación genera un discurso dominante que debe analizarse según el procedimiento que denomino “sociología de las ausencias”. Tanto como discurso como práctica, la decapitación crea un campo analítico que promueve ciertos debates y omite otros. El discurso dominante se afirma en la medida en que el concepto de debate omitido es, a su vez, omitido, y, en consecuencia, se lleva a la opinión pública a creer que no hay nada más que debatir más allá de lo que ya se ha debatido. Este discurso, además de dominante, es también hegemónico cuando la idea de que no hay nada más que debatir es suscrita por las clases que más se beneficiarían del debate de los temas que no se debaten. Veamos cómo funciona una sociología de las ausencias en este campo.

Legitimidad o eficacia

Lo que se ha publicado en el mundo académico sobre la decapitación como instrumento político se centra casi exclusivamente en la eficacia de la decapitación. Por ejemplo, se debate sobre cuál fue la eficacia del asesinato de Osama bin Laden en la actividad de Al-Qaeda, de los líderes de Hamás y Hezbolá en la actividad de sus organizaciones, o de la detención de Abimael Guzmán en la actuación de Sendero Luminoso, o de la detención de Abdullah Öcalan en la lucha de los kurdos organizada por el Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK).

La cuestión de la eficacia pasó a dominar los estudios sobre la decapitación a partir del momento en que los documentos oficiales fueron elaborados en EE.UU. tras el 11 de septiembre (en particular, la National Strategy for Combating Terrorism, de 2003) afirmaban que la decapitación era un instrumento eficaz porque el líder terrorista solía ser el catalizador de la acción terrorista. El asesinato del líder conduciría, tarde o temprano, al colapso de la organización. Inmediatamente después del asesinato de Abu Musab al-Zarqawi, George W. Bush anunció que Al Qaeda había sufrido un golpe fatal.

Con el tiempo, la cuestión de la eficacia de la decapitación se extendió a regímenes y organizaciones considerados particularmente hostiles. Por ejemplo, el crimen organizado del narcotráfico. ¿Cuál fue la eficacia del asesinato de Pablo Escobar? Por otra parte, a lo largo de las últimas décadas, decenas de regímenes y organizaciones han sido considerados terroristas por EE.UU. El más reciente es, como sabemos, Irán, donde la decapitación de líderes políticos, militares y científicos ha sido una práctica habitual. La inteligencia artificial de ciertas empresas (por ejemplo, Palantir) y las nuevas tecnologías letales están hoy al servicio de la decapitación.

La idea de la decapitación es antigua, sobre todo en lo que respecta a los líderes carismáticos. En el período más reciente, tras la Segunda Guerra Mundial, la decapitación ha sido un instrumento de violencia política ampliamente utilizado contra líderes políticos o religiosos. Desde Patrice Lumumba hasta Aldo Moro, desde Indira Gandhi hasta Olof Palme, desde Yitzhak Rabin hasta Benazir Bhutto, desde Óscar Romero hasta Martin Luther King, desde Mahatma Gandhi hasta John Kennedy. Se calcula que, entre 1959 y 2000, Fidel Castro fue objeto de más de 600 intentos de asesinato organizados por la CIA y por exiliados cubanos, algunos de ellos bastante extraños, como puros o bolígrafos envenenados.

El uso masivo de la decapitación y la frustración de los decapitadores por no haber logrado, en la mayoría de los casos, sus objetivos han llevado a la necesidad de realizar análisis más rigurosos, de lo que se han ocupado sobre todo los especialistas en seguridad y antiterrorismo. Por ejemplo, Jenna Jordan analizó 298 casos de decapitación de líderes entre 1945 y 2004 y utilizó varias variables para llegar a una conclusión relativamente pesimista

sobre la eficacia de la decapitación . En resumen, el fantasma de la Hidra de Lerna acecha a la decapitación y a sus impulsores.

La sociología de las ausencias

¿Cómo es posible que en las sociedades democráticas el debate sobre la decapitación se reduzca a su eficacia? Una sociología de las ausencias revela que casi nada se ha escrito sobre la legitimidad ética y política de la decapitación, sobre todo cuando la practican agentes de Estados que se dicen democráticos. Esta ausencia es inquietante porque, para quien se encuentra fuera del mundo cerrado de la seguridad y la lucha antiterrorista, la cuestión ético-política es la que debe merecer mayor atención. Sobre todo si tenemos en cuenta que la decapitación es un instrumento violento cada vez más normalizado y que la capacidad de decapitar con éxito es cada vez mayor debido a los avances de la inteligencia artificial y las tecnologías letales.

A esto se suma que el ámbito de los objetivos de la decapitación se está ampliando cada vez más para alcanzar a todos aquellos que se distinguen por su oposición a la violencia política, religiosa o ideológica establecida, aunque se disfrace de democracia, ya sean líderes políticos, militares, científicos de áreas estratégicas o líderes de opinión. Por último, hay que tener en cuenta que la decapitación es multiforme y es capaz de matar física, política y cívicamente. La distribución social de estos tres tipos de muerte dentro de los países y en las relaciones entre países debe ser una preocupación creciente de la política democrática. Y lo más grave es que cualquiera de estas muertes contiene fragmentos de las demás.

Lucha de clases, democracia y decapitación

La decapitación es el tipo de lucha de clases que mejor disfraza la existencia de la lucha de clases. Al apuntar a individuos específicos, la decapitación desplaza el campo político de los conflictos sociales entre clases o grupos sociales hacia el emprendimiento político individual de líderes concebidos como metonimias de enemigos colectivos. Tiene, pues, el efecto de desarmar a quienes creen en las luchas colectivas contra la desigualdad, la discriminación y

la injusticia, con la convicción de que los líderes solo lideran en la medida en que obedecen a quienes participan en las luchas. El mandato de los líderes indígenas latinoamericanos es, en este contexto, de crucial importancia: mandar obedeciendo.

Pero el desarme alcanza aún un nivel más profundo: es el desarme de la lucha pacífica y democrática, basada en la lucha regulada entre adversarios y no en la lucha salvaje entre enemigos o en la lucha extremista entre el Bien y el Mal.

La normalización del uso de la decapitación presupone que quien la utiliza tiene el privilegio de designar como terrorista o enemigo a cualquier país, régimen u organización que se oponga a sus intereses. En una perversión de la famosa frase de Carl von Clausewitz (“la guerra es la continuación de la política por otros medios”), la decapitación es hoy, según el pensamiento dominante (¿y hegemónico?), la guerra continuada por otros medios. Es el fin de la política y de la diplomacia, en definitiva, de las relaciones, normas e instituciones internacionales. Al contrario de lo que proponía Clausewitz, la guerra ha dejado de ser el último recurso tras el fracaso de la diplomacia. Ahora, el fracaso de la diplomacia es provocado intencionadamente por la decapitación para que la guerra sea el único medio de imponerse. Las relaciones de Israel y EE.UU. con el mundo árabe en Oriente Medio es una demostración flagrante de ello. El fin de la democracia se deriva del fin de la política, al igual que el fin de la política se deriva del fin de la democracia.

-
1. Entre muchos otros, Laurie Schneider “Donatello and Caravaggio: The Iconography of Decapitation”. *American Imago*, 1976, vol. 33, 76-91; Bronwen Wilson “The Appeal of Horror: Francesco Cairo’s ‘Herodias and the Head of John the Baptist’”. *Oxford Art Journal*, 2011, vol. 34, n.º 3, 355-372; Allie Terry, “Donatello’s decapitations and the rhetoric of beheading in Medicean Florence”.

Renaissance

Studies, 2009, vol. 23, n.º 5, 609-638.

2. Jenna Jordan, "When Heads Roll: Assessing the Effectiveness of Leadership Decapitation", Security

Studies, 18:4, 2009, 719-755. Otros estudios reflejan la misma cautela en lo que respecta a la decapitación

de líderes del narcotráfico, por ejemplo, en México. Brian J. Phillips, "How Does Leadership Decapitation

Affect Violence? The Case of Drug Trafficking Organizations in Mexico". The Journal of Politics, vol. 77,

n.º 2, 2015, 324-336.

Boaventura De Sousa Santos, referencia mundial en el campo de la ciencia social. Ha escrito y publicado exhaustivamente en las áreas de sociología del derecho, sociología política, epistemología, estudios poscoloniales, movimientos sociales, globalización, democracia participativa, reforma del Estado y derechos humanos.

Foto: Sebastiano Ricci (1659-1734). «Perseo enfrentándose a Fineo con la cabeza de Medusa», hacia 1705-1710, óleo sobre lienzo. Getty Center, Los Angeles, California, EE.UU.